

GEORGE ORWELL ANTE SUS CALUMNIADORES

Algunas observaciones



SEGUNDA EDICIÓN
REVISADA Y ACTUALIZADA

ÉDITIONS IVREA
ÉDITIONS DE L'ENCYCLOPÉDIE DES NUISANCES

«En la Edad Media había la Inquisición. No funcionó. Pretendían erradicar la herejía y terminaron por perpetuarla. [...] Más tarde, en el siglo XX, han existido los totalitarios, como los llamaban: los nazis alemanes y los comunistas rusos. Los rusos persiguieron a los herejes con mucha más crueldad que ninguna otra inquisición. Y se imaginaron que habían aprendido de los errores del pasado. Por lo menos sabían que no se deben hacer mártires. Antes de llevar a sus víctimas a un juicio público, se dedicaban a destruirles la dignidad. [...] Sin embargo, después de unos cuantos años, ha vuelto a ocurrir lo mismo. Los muertos se han convertido en mártires y se ha olvidado su degradación. [...] Nosotros no cometemos esta clase de errores. [...] Y, sobre todo, no permitimos que los muertos se levanten contra nosotros. Por tanto, debes perder toda esperanza de que la posterioridad te reivindique» (George Orwell, 1984).

La obra y la figura de Eric Arthur Blair, más conocido como George Orwell, suelen ser utilizadas por los apologistas del orden establecido como modelo de un antiestalinismo aceptable. Según esta imagen difundida acerca del autor del *Homenaje a Cataluña*, fue algo así como un precursor de nuestros demócratas modernos, una suerte de Albert Camus a la inglesa, un moralista siempre en guardia para denunciar los excesos que podrían cometer algunos enemigos de la democracia aprovechándose de las ventajas que ésta les concede. Así, 1984, pese a lo que diga el párrafo citado más arriba, no es más que un ataque a la Unión Soviética y no tiene en absoluto nada que ver con las actuales formas de gestión del pasado y de cultivo de la amnesia por parte de las democracias occidentales, ni con la neolengua de las doscientas palabras diarias que hablan los electores de hoy, circunstancias que en vida de Orwell *aún estaban esbozándose*.

No es sorprendente, pues, encontrarse con el cinismo de un Jon Juaristi cuando dice que George Orwell es “el mejor escritor del siglo XX”; no en vano Orwell está visto de forma casi unánime como un antiguo libertario

convertido a las bondades de la democracia de Buckingham: o sea, una especie de Fernando Savater *avant la lettre*.

De todas formas, parece que imponer una lectura mutilada y empobrecedora de la obra de Orwell no era suficiente, así que en el verano de 1996 se destapó un escándalo en torno a su presunta colaboración con los servicios secretos británicos. A raíz de la desclasificación de unos ficheros de dichos servicios, se hizo correr el rumor de que Orwell había presentado una lista de sospechosos de simpatías estalinistas a las autoridades británicas para proceder a una caza de brujas que, dicho sea de paso, no existió. Todo el mundo ha oído este chisme en una u otra ocasión, si bien nadie, o casi nadie, podría jurar haber leído la noticia en que se acusaba a Orwell de semejante infamia; suele tratarse más bien del rumor del rumor o del comentario del comentario. Es decir, nada concluyente pero en cualquier caso lo bastante grave para sembrar la duda y, de paso, explicar ese otro rumor anterior según el cual Orwell derivó hacia posturas mucho más conservadoras en los últimos años de su vida. Teóricamente, esta renuncia a su pasado revolucionario se habría producido debido al desengaño (siempre sale esta palabrita cuando se habla de estalinismo) que causó tantos estragos entre los “intelectuales” europeos de la época.

El texto que presentamos a continuación viene a refutar todos esos infundios. Como quedará claro tras la lectura de *George Orwell ante sus calumniadores*, en ningún momento delató Orwell a nadie ni abandonó nunca su lucha por la libertad y la justicia. Los autores del panfleto, publicado por vez primera en 1997 en Francia, son los editores en lengua francesa (Éditions Ivrea y Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances) de la mayor parte de las obras de Orwell, especialmente de los cuatro volúmenes de los *Collected Essays, Journalism & Letters* recopilados por Ian Angus y Sonia Orwell, que aún no han visto la luz en castellano. Estos libros permiten recorrer la biografía intelectual del escritor y comprobar que mantuvo una coherencia hasta su muerte. (Conviene señalar que la editorial Destino, que ha publicado casi toda la obra de Orwell en castellano, no consideró necesario defender el buen nombre del autor; obviamente, para esta editorial no representa Orwell más que otra mercancía que vender en el mercado, así que ¿para qué molestarse en desagrar el honor mancillado de alguien que lleva muerto medio siglo? Estos asuntos sólo quedan bien en el teatro del siglo XVII.) Se puede profundizar aún más en este asunto con *El abismo se repuebla* de Jaime Semprun (Précipité, 2002) y *La victoria de Orwell* de Christopher Hitchens (Emecé, 2003).

Para completar esta edición en castellano de *George Orwell devant ses calomniateurs* hemos incluido al final una selección de diversos comentarios publicados en España desde 1996 sobre este turbio asunto. Destaca entre todos el de *El correo español*, que, después de dar la enésima versión, breve y bastante confusa, de la calumnia, se pregunta si semejante chivateo fue “una traición o una leal consecuencia de sus ideas socialdemócratas”. Al tratar una noticia de este modo, la prensa dice más de sí misma que de Orwell.

En fin, cuando se va a cumplir el centenario de su nacimiento (el 26 de junio de 1903), esperamos hacer justicia con la publicación (tardía) de este panfleto a alguien que demostró, cuando muchos otros mentían o callaban, que “si la libertad significa algo, es el derecho de decirles a los demás lo que no quieren oír”.

Portugalete, mayo de 2003

Nota para la edición revisada: Cuando publicamos este folleto, pocos días antes del centenario, no esperábamos que el escándalo fuera a repetirse, y menos aún que lo haría con tanta fuerza. Ante todo, llamó la atención el hecho de que, salvo un ridículo Fernando Arrabal —que por otra parte comparaba a “Eta” (sic) con el Gran Hermano—, todos los *expertos* que escribieron algo sobre Orwell para los grandes diarios españoles en las semanas previas al centenario se abstuvieron de hablar de este asunto, lo que no tiene justificación posible: bien para desmentirlo, bien para confirmarlo, el episodio de la presunta delación debía ser reseñado obligatoriamente.

El 21 de junio, el diario *The Guardian* publicó un largo artículo de Timothy Garton Ash junto con la ya célebre lista de los 38 criptocomunistas “delatados” y los comentarios que de ellos había hecho Orwell. Aunque es cierto que ese artículo rebate alguna de las afirmaciones que se hacen en *George Orwell ante sus calumniadores*, en lo esencial este folleto mantiene todo su valor; la prensa de todo el mundo se encargó al día siguiente de cargar las tintas bastante más que Garton Ash a fin de darle a la historia el necesario toque “demoledor”. Para permitir que el lector se forme un juicio mesurado, hemos incluido como segundo apéndice una selección de los pasajes fundamentales del artículo de *The Guardian* y de las imbecilidades que se profirieron después. También hemos corregido algunos pequeños errores tipográficos y de traducción.

Bilbao, abril de 2004

© Éditions Ivrea, 1, Place Paul Painlevé, Paris V
Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances,
80, rue de Ménilmontant, Paris XX, 1997

GEORGE ORWELL
ANTE SUS CALUMNIADORES

Algunas observaciones

The Guardian

**Ps
ke
e
sh**

For 3 percent . . .
 "£34,000 a year is a good salary. It puts MPs in the top 10 per cent of the income group . . . and I think it would be a very bad thing if MPs pay became even more out of line with the rest of their constituents."
Chris Mullin, Labour

For more . . .
 "There can be very few people here or anywhere else who have sacrificed more in pay restraint than members of this House. It makes Job seem guilty of irrational impudence."
Al Morris, Labour

mediation allowance by a narrow majority of 28, backing down this to April 1 this year. The changes will also help the 10 MPs retiring as the election by increasing their allowance to return to normal life.
 The votes came after a two hour debate in which only Chris Mullin, the Labour MP for Sunderland South and Dale Campbell Savours, Labour MP for Workington, argued for any restraint.
 The first vote was a crush defeat, particularly for the Prime Minister, with 174 voting down by 317 to 168 the Government's recommended pay restraint package.
 On top of this, some 170 MPs either abstained or were absent. This thing is so big when it came to the crucial 26 per cent pay rise in 1989, then there was 279 in favour and 104 against.
 Alex Salmond, leader of the Scottish National Party, pointed out that the three main party leaders had managed to assemble only 164 supporters in the first vote.
 "What test of moral authority is that?" he asked.
 He added: "The Commons has made a major mistake tonight and have straggled the mood of the country."
Sketch, page 2; Political page 8; Telephone democracy, page 10; Moverover, G2 page 6

NATIONAL UNION OF JOURNALISTS

7 John Street, Bedford Row, London, W.C.1
 Telephone: 4601 3150
 Telegrams: 62555
 Messager: NUT, London

This is to certify that
Mr. GEORGE ORWELL
 of **The Tribune**



Card carrier . . . Orwell's own card identified him with the leftwing but anti-Soviet journal Tribune

Orwell offered writers' blacklist to anti-Soviet propaganda unit

Richard Heaton-Taylor and Susanna Mills

GEORGE ORWELL, the socialist author, offered to provide a secret Foreign Office propaganda unit linked to the intelligence services with names of writers and journalists he regarded as "crypto-communist" and "fellow-travellers" who could not be trusted, documents released yesterday at the Public Record Office reveal.

He made the offer in 1949, shortly before he died, to the covert Information Research Department, which used well-known writers and publishers — including Bernard Shaw, Stephen Spender and Arthur Koestler — to produce anti-communist material during the cold war. Documents also show that the IRD singled out articles from Tribune, the leftwing but then anti-Soviet paper, to back up its hidden crusade.

In March 1949 an IRD official, Celia Kirwan, visited Orwell at a sanatorium in Cransham, Gloucestershire, where he was suffering from tuberculosis. "I discussed some aspects of our work with him in great confidence," she told her colleagues. "He was delighted to learn of them, and expressed his wholehearted and enthusiastic approval of our aims."

Although too ill to write himself, he gave the names of potential contributors. Early the following month, Orwell wrote to Kirwan offering to give her "a list of journalists and writers who in my opinion are crypto-communists, fellow-travellers or inclined that way and should not be trusted."

He said his notebook with the names was at his home in London. He insisted that the list was "strictly confidential" since it would be ill-borne to call anybody a "fellow-traveller."

The revelation is likely to shock many of Orwell's admirers, for whom he is a 20th century radical icon. The files released yesterday do not contain the list of names but a card placed next to Orwell's letter to Kirwan says that a docu-



ment has been withheld by the Foreign Office.

Bernard Crick, Orwell's biographer, confirmed yesterday that Orwell had kept a "notebook of suspects" containing 32 names. "Many were plausible, a few were far-fetched and usually," he said, "Michael Foot, a friend of Orwell's in the 1930s and 1940s, said he found the letter 'amazing' — the fact that both pigs and dogs are unclean animals to Muslims." "I don't think that's true, but I'm very surprised he was dealing with the secret services in any form."

The papers show that the IRD promoted the foreign language publication of Anand Farn, Orwell's classic anti-communist allegory. "The idea is particularly good for Arabic in view of the fact that both pigs and dogs are unclean animals to Muslims," noted an embassy official in Cairo.

The suit found communism in Saudi Arabia, notably among oil workers in Dhahran, the scene of last month's bombing of an American base.

(See page 2, column 7)

Text of letter, page 2

Courts 'not using mental tests to save money'

Probation officers fear disturbed offenders escape treatment net

Duncan Campbell
 Crime Correspondent

PROBATION officers last night warned that increasing numbers of offenders who need psychiatric assessment and care are being denied it to save costs.

Their concerns follow a recent move by court officers who have launched a national campaign to reduce the problems caused by funds reductions in the judicial system.

Both their organisations last night called for an urgent debate on the problem.

Harry Fletcher, assistant general secretary of the National Association of Probation Officers said: "The courts are under intense pressure to save on costs. We are aware of a number of instances where adjournments have been refused to avoid an additional costly hearing. We found that a 'transfer' of some kind was bound to happen."

If a magistrate orders a psychiatric assessment, there has to be a further court hearing, with its high costs, and the crown and defence lawyers, who may be on legal aid, are required to attend.

In addition, a psychiatric report may take up to eight weeks to complete, thus slowing down the judicial process as well as adding to the costs. The serious nature of the problem has been highlighted by the case of Horrett Campbell, aged 27, who was arrested on Tuesday night in a back of this one at Labor's School, Wolverhampton.

Text of letter, page 2

His arrest followed a police hunt after the pit school, by a man's ex-wife, in which four- and three children were injured.

Yesterday it emerged when Campbell appeared before Wolverhampton's magistrates in November last in a charge of affray on one motoring offence, it reported in court to need psychiatric care. The court heard it had earlier received a caution for arson after a fire in his car.

It was reported "voices" had whoppers talked to Campbell before giving him notice. The hearing of such evidence was not surprising the psychiatric assess had been declined by a train. "It is in the public interest that it is done now," he added. "My view is that something is not immediately, it could be again."

Because of the spiralling court and legal aid costs lawyers may feel under pressure not to order expensive psychiatric tests if they think such a course is merited.

The Association of Magistrates' courts officers, who have launched a campaign to reduce the public's attention to problems caused by its reduction.

The association says concerned that justice being served by the increasing economic pressure the courts to cut costs.

WE'LL GIVE YOU YOUR AMERICAN EXPRESS TRAVELLERS CHEQUES PRONTO. NOT MAÑANA.

American Express Travellers Cheques on the

«...un tipo de individuo odiado por igual por todas las pequeñas ortodoxias malolientes que se disputan hoy el control de nuestras almas.»

George Orwell, *Charles Dickens*

Entre otras amables características, el siglo XX habrá tenido la de inaugurar la era de la falsificación a gran escala. Este siglo no podía terminarse sin que cayera la sospecha sobre uno de sus testigos más veraces. Así, George Orwell, según nos cuentan los diarios, habría sido un delator, un «soplón», un chivato. Y aun cuando ya nadie se acuerde exactamente del contenido de los artículos que pretendieron revelar este «*scoop*», o siquiera que haya habido artículos, quedará el recuerdo vago y receloso de un asunto oscuro, de un Orwell oportunista y turbio, una especie de impostor como tantos otros que ha producido el siglo. De este modo la operación habrá tenido éxito puesto que entonces habrá que tratar de *probar* lo contrario (como recientemente habría hecho falta *probar* la existencia de las cámaras de gas¹) y justificar la verdad ante un tribunal de mentirosos y amnésicos. Una tarea semejante tiene algo de abrumador, y eso es precisamente lo que pretenden estos tipos de «revelaciones».

Si la escuela estalinista de la falsificación sigue siendo un modelo para nuestra época es por su objetivo principal, antes que por sus procedimientos particulares. Sabemos, en efecto, que la propaganda totalitaria no necesita convencer para triunfar y que ni siquiera es ése su objetivo. El objetivo de la propaganda es causar el desaliento de los espíritus, persuadir a todo el mundo de su impotencia en restablecer la verdad a su alrededor y de la inutilidad de

¹ En Francia algunos historiadores intentaron recientemente “revisar” el genocidio perpetrado por los nazis. Ésta y las demás notas son del traductor.

cualquier intento de oponerse a la difusión de la mentira. El objetivo de la propaganda es conseguir que los individuos renuncien a contradecirla, que ni siquiera piensen en hacerlo. Este interesante resultado lo obtiene el aturullamiento mediático con mucha naturalidad por medio de sus embustes incoherentes, perentorios y cambiantes, de sus revelaciones estrepitosas y sin lógica, de su confusión ruidosa de todos los instantes. Sin embargo, si cada cual, allá donde se encuentre, con sus medios y en el momento oportuno, se dedicase a hacer valer los derechos de la verdad denunciando lo que *sabe* que es una falsificación, sin duda el aire de la época sería un poco más respirable. Por ello juzgamos necesario responder a la reciente campaña de calumnias que ha querido presentar a George Orwell como un delator.

Empecemos por el principio: el artículo publicado en *The Guardian* el 11 de julio de 1996 y la carta de Orwell que lo acompaña, fechada el 6 de abril de 1949; no sin señalar, empero, que el desencadenamiento de la operación no se debió a ninguna iniciativa periodística sino a la comunicación de archivos oficiales.

He aquí, pues, el texto integral de ese artículo, así como del documento que lo acompañaba:

ORWELL ENTREGÓ UNA LISTA NEGRA DE ESCRITORES A UN SERVICIO DE PROPAGANDA ANTISOVIÉTICA

George Orwell, autor conocido por sus ideas socialistas, propuso entregar una lista a una sección de propaganda del Foreign Office para los servicios de inteligencia con nombres de escritores y periodistas que consideraba “criptocomunistas” y “compañeros de viaje” en los que no se podía confiar, según han revelado unos documentos hechos públicos ayer por la Oficina del Registro Público.

Orwell hizo esta propuesta en 1949, poco antes de morir, y se la dirigió al Information Research Department (IRD, Departamento de Investigación de la Información), que utilizaba a escritores y publicistas célebres –entre ellos Bertrand Russell, Stephen Spender y Arthur Koestler– para producir material de propaganda anticomunista durante la guerra fría. Los documentos también muestran que el IRD se sirvió de artículos del *Tribune*, el periódico izquierdista pero antisoviético,

para respaldar su cruzada oculta.

En marzo de 1949, una funcionaria importante del IRD, Celia Kirwan, visitó a Orwell en el sanatorio de Cranham, Gloucestershire, que se encontraba allí a causa de la tuberculosis. “Discutimos con toda franqueza sobre diversos aspectos de nuestro trabajo”, dijo Kirwan a sus colegas: “Se alegró mucho al oírlos, y expresó su total apoyo a nuestros objetivos de una manera entusiasta”.

Aunque estaba demasiado enfermo para escribir, Orwell dio los nombres de colaboradores potenciales. A primeros del mes siguiente, escribió a Kirwan para entregarle “una lista de periodistas y escritores que son, en mi opinión, criptocomunistas, compañeros de viaje o simpatizantes, y en los cuales no se debe confiar...”

El escritor dijo que el cuaderno con los nombres estaba en su casa de Londres. Insistió en que la lista era “estrictamente confidencial” puesto que llamar a alguien “compañero de viaje” podría ser motivo de querrela.

Probablemente, estas revelaciones van a chocar a muchos de los admiradores de Orwell, para los cuales es un icono radical del siglo XX. Los archivos desclasificados ayer no incluyen la lista de nombres pero una tarjeta ubicada junto a la carta de Orwell dice que el Foreign Office ha retirado un documento.

Bernard Crick, biógrafo de Orwell, confirmó ayer que Orwell había guardado un “cuaderno de sospechosos” que contenía 86 nombres. “Muchos eran plausibles, unos pocos eran dudosos y no muy verosímiles.”, dice Crick. Michael Foot, amigo de Orwell en las décadas de 1930 y 1940, declaró que la carta le parecía “asombrosa”.

Crick prosigue: “Se ha hablado mucho acerca de su abandono de las convicciones socialistas hacia el final de su vida. No creo que eso sea cierto, pero me sorprende mucho que colaborase con los servicios secretos de algún modo”.

Los documentos demuestran que el IRD promovió la publicación de traducciones de *Rebelión en la granja*, la famosa alegoría anticomunista de Orwell. “La idea era especialmente buena en el caso árabe, dado que para los musulmanes tanto cerdos como perros son animales impuros”, señaló un diplomático de El Cairo.

La sección del IRD temía la expansión del comunismo en Arabia Saudí, sobre todo entre los obreros de Dhahram, el lugar en que se

produjo un atentado el pasado mes en una base estadounidense.

El IRD organizó la difusión de *Tribune* en las misiones inglesas en el extranjero. Algunos funcionarios observan: “Creemos que la lista de Orwell es a la vez una denuncia del comunismo y sus métodos y una defensa coherente de los objetivos que han perseguido tradicionalmente los militantes de la izquierda”. Y añaden: “En ese diario hay muchos artículos susceptibles de servir de forma eficaz a los objetivos del Departamento”.

Los documentos establecen que el IRD mantuvo una relación estrecha con el Trades Union Congress, que se dedicó a minar a los sindicatos partidarios del National Council for Civil Liberties y que tuvo un papel decisivo en la escisión del movimiento sindical internacional a fines de la década de 1940.

En 1949, una nota de un alto responsable del IRD señalaba que el NCCL (rebautizado *Liberty*) estaba “muy infiltrado por los comunistas, y que sólo sirve para atacar, a la mínima ocasión, nuestra política y nuestra administración coloniales”.

La campaña fue dirigida por mediación del TUC, en que el principal contacto del IRD era Vic Feather, futuro secretario general de este sindicato.

Carta de George Orwell a Celia Kirwan, del Information Research Department, departamento secreto del Foreign Office.

«He mencionado ya a Darcy Gillis (*Manchester Guardian*), ¿no? También hay un tipo de nombre Chollerton (especialista en los procesos de Moscú) que debe de poder sumarse a través de *The Observer*.

Cranham, 6-4-49

Querida Celia,

No he escrito antes porque no me va muy bien en este momento, a tal punto que ni siquiera soy capaz de escribir a máquina; así que espero que consigas descifrar mi letra.

No veo qué otros nombres se pueden añadir a tu lista de colaboradores potenciales, salvo Franz Borkenau (*The Observer* debe de tener su dirección) —por lo demás, creo haberte dado ya su nombre— y Gleb

Struve (que actualmente está en Pasadena, California), el traductor y crítico ruso. Evidentemente, hay toda un plétora de estadounidenses cuyos nombres se pueden encontrar en el *New Leader* (Nueva York), el mensual judío *Commentary* y *Partisan Review*. También podría pasarte, si sirve de algo, una lista de periodistas y escritores que, por lo que yo sé, son criptocomunistas, compañeros de viaje o simpatizantes, y en los cuales no se puede confiar para una propaganda semejante. Pero para ello tendría que hacer buscar en casa un cuaderno en que he anotado todas estas cosas y, si te doy esta lista, es a título estrictamente confidencial...

Me ha venido a la cabeza una idea referente a la propaganda, no en el extranjero, sino en nuestro país. Un amigo de Estocolmo me dijo que, como los suecos no hacen películas propias, en los cines ven sobre todo películas rusas y alemanas y, al tratarse de películas rusas, que por supuesto en una época normal no se distribuirían en Suecia, algunas hacen gala de una propaganda antibritánica particularmente exagerada. Este amigo me hablaba, entre otras, de un película “histórica” sobre la guerra de Crimea. Si los suecos pueden disponer de estas películas, supongo que nosotros también podemos: ¿no sería una buena idea presentar algunas de ellas en nuestro país?

He leído con interés el artículo que me adjuntaste pero me parece más antirreligioso que antisemita. Mi opinión vale lo que vale, pero no creo que el antisemitismo sea una de las principales bazas de la propaganda antirrusa. La URSS es necesariamente, en la práctica, un poco antisemita, en la medida en que rechaza a la vez el sionismo en el interior de sus fronteras, y el liberalismo y el internacionalismo de los judíos no sionistas, pero un Estado polígloto de este género no podría declararse antisemita, al estilo nazi... no más de lo que podría hacerlo el Imperio británico. Si decimos que comunismo y antisemitismo van de la mano, siempre podrán replicarnos citando los nombres de Kaganovich o de Anna Pauker y evocando los de los judíos que animan los partidos comunistas de diversos países. También creo que tratar de complacer a los enemigos de la URSS con la esperanza de ganarse sus simpatías no es una buena política. Los judíos sionistas de todos los países nos tienen en la picota y a sus ojos Inglaterra es un enemigo, aún más que Alemania. Evidentemente, todo esto se basa en un malentendido pero, en tanto que persista, no creo que podamos sacar ningún beneficio del hecho de

denunciar el antisemitismo que se manifiesta en otros países.

Siento no poder escribir una carta mejor pero últimamente he estado hecho polvo de verdad. Quizá tenga más ideas un día de éstos.

Afectuosamente,

George»

Lo más destacable de este artículo del *Guardian*, por su parte verdaderamente delator, quizá sea que la información que suministra o, más bien, balancea desde su estruendoso titular a cuatro columnas en portada no se mantiene en absoluto, antes al contrario, con el documento citado en su apoyo. El documento no sostiene el artículo, pero es cierto que el propio artículo apenas sostiene su titular. Se empieza por encajarse al lector, en grandes caracteres, una «información» *sensacional*. Y poco importa que la demostración que sigue se tenga o no en pie: dirigiéndose a un público del que se presupone que no se tomará la molestia de leer, es inútil tomarse la de escribir. Lo que cuenta es precisamente la *sensación*, el placer turbio de ver desplomarse un «*icono*» y rebajar a la altura del oportunismo más trivial a una figura que creíamos ejemplar del «*pensamiento radical del siglo veinte*». Así, como en definitiva nadie es irreprochable, uno podrá convencerse de no ser más despreciable, después de todo, que los demás en sus arreglos y que no tiene ninguna lección que recibir de toda esa gente del pasado. Es éste un placer que gusta desde hace ya mucho tiempo a los intelectuales punteros, grandes destructores de iconos, y que conviene democratizar como el resto de la cultura.

Sin embargo, aun sin apenas poseer conocimientos históricos, un individuo un poco atento se pecará rápidamente, leyendo la carta de Orwell, de que se trata de algo muy distinto de una carta de delación. Orwell, tuberculoso, recibió en el sanatorio la visita de una amiga cercana, la cuñada de Arthur Koestler, quien también era un amigo muy cercano de Orwell. (A este respecto hay que indicar que los autores del artículo –porque se pusieron a ello entre dos–, que se muestran tan puntillosos, no mencionan en ningún momento estas relaciones de amistad: por tanto, leyéndoles se llega a creer que Orwell recibió a Celia Kirwan *en calidad* de funcionaria del Foreign Office.) A esta amiga, que le hablaba de sus actividades en el marco de la lucha emprendida por el gobierno laborista de la época contra la propaganda estalinista, Orwell le señaló los

nombres de personas dignas de confianza para participar de una forma u otra en tal campaña. Volviendo a ese asunto en su carta, le menciona también la existencia de un cuaderno en que ha apuntado los nombres de periodistas y escritores de los que, por el contrario, según él hay que desconfiar, porque apoyan más o menos abiertamente la política de Stalin. Así pues, Orwell no «propuso» ninguna lista al Foreign Office, como tampoco «envió» nada al IRD, y nunca denunció a nadie. Los periodistas y los escritores de los que sugería desconfiar tenían una actividad pública y en función de ésta cualquiera en esa época podía hacerse, como él, una idea de su estalinofilia; tan fácilmente como en Francia, por ejemplo, cualquiera habría juzgado poco sensato ir a pedirle a Sartre participar en una campaña contra la política del PCF. Por lo demás, a lo largo de todos aquellos años, Orwell no dejó de atacar, también él *públicamente*, esta estalinofilia de la *intelligentsia* inglesa, combatiendo sobre todo a sus principales artífices. Y esto es, en última instancia, lo que pretende revelar esta novelita de espionaje: ¡Orwell era antiestalinista!

Por otro lado, este pseudohallazgo periodístico es igualmente falaz en los detalles, ya que la existencia del cuaderno mencionado por Orwell era bien conocida desde la biografía debida a Bernard Crick, publicada en Inglaterra en 1982, como recordó éste mismo en su carta al *Guardian* del 12 de julio de 1996. Pero poco les importa a nuestros honrados periodistas. Una vez establecida como hemos visto la actividad de delator de Orwell, no tiene sentido, a los ojos de la conciencia moralista-mediática, recordar que, del mismo modo que no hubo denuncia, tampoco hubo en la Inglaterra de la época ninguna persecución contra escritores o artistas proestalinistas. Basta solicitar las reacciones de diversas «personalidades», más que dispuestas a declararse horrorizadas por la noticia. Y no faltan antiguos estalinistas a lo Christopher Hill para ponerse a entonar su cantinela, encantados de poder echar espumarajos por la boca con el aval del Ministerio de la Verdad: «*Siempre supe que era un falso*», declara el profesor Hill. «*Había algo oscuro en Orwell. Este asunto me entristece y me apena, y confirma mis peores sospechas acerca de él. Esto encaja perfectamente con el tono general de sus artículos y de sus obras de ficción, un tono que siempre fue muy ambiguo*». Y de concluir sapientemente: «*Rebelión en la granja no es otra cosa que un ataque contra el comunismo*». ¡No diga!

A su vez, la prensa francesa va a demostrarnos lo que sabe hacer. Aún con las precauciones en el uso, *Le Monde* del 12 de julio se hace eco del artículo de *The Guardian*: «*George Orwell, pocos meses antes de su muerte, en 1950, habría*

ofrecido sus servicios a un organismo de propaganda anticomunista del ministerio de asuntos exteriores británico. En marzo de 1949, habría transmitido una lista de ochenta y seis periodistas y autores “criptocomunistas”. Al día siguiente, ya se han disipado las dudas: del condicional se pasa al indicativo. Y el mismo periódico titula entonces en la contraportada: «*Cuando Orwell denunciaba en el Foreign Office a los “criptocomunistas”*». Se habrá observado de paso el empleo del *imperfecto*, que insinúa la idea de un acto repetido o aun habitual. (La marquesa salía todas las tardes a las cinco.) Una vez tratada por Nicolas Weil, la entrevista con Celia Kirwan se convierte en «*una participación activa en las empresas de propaganda anticomunista del Foreign Office*». E ilustra sus palabras con el arte de mutilar en la cita. Así, lo que queda de la carta de Orwell, traducida con los cuidados de *Le Monde*, se reduce a una oferta de servicios: «*Yo podría entregarle, si le sirve de algo, una lista de periodistas y escritores que, en mi opinión, son criptocomunistas o compañeros de viaje*». Queda fuera justo lo que sigue: «... y en los cuales no se puede confiar para una propaganda semejante». Por supuesto, se juzgó útil no dar a conocer al lector lo que Orwell se esforzó en precisar en su correspondencia un poco más adelante: «...y si te doy esta lista es a título estrictamente confidencial».

La sección «Cultura» de *Libération* del 15 de julio presentaba, en letras gruesas, «*Orwell como chivato anticomunista*». Un subtítulo precisaba: «*El autor de “1984” entregó al Foreign Office una lista de escritores “criptocomunistas”*». Sin embargo el artículo de Eric Dior, construido al modo de la investigación periodística que no termina nunca, no cumplía todas las promesas de su titular de impacto. «*¿Fue George Orwell un confidente? La acusación parece a priori tan descabellada como si nos informasen de que, en plena guerra de Argelia, Albert Camus habría revelado al Ministerio de Interior los nombres de los simpatizantes del FLN*». Camela al lector, se anda por las ramas y siembra una duda para arrancarla al momento y reintroducirla un instante después: «*Los archivos del Foreign Office, no obstante, son formales: [...] interpelado [...] por Celia Kirwan, miembro del Information Research Department [...] [Orwell] aceptó entregarle los nombres de periodistas y escritores “criptocomunistas”*». A continuación se nos informa de la reacción de Michael Foot, ese «*íntimo de Orwell en los años 20 y 30*», «*estupefacto al enterarse de que Orwell colaboró en mayor o menor medida con los servicios secretos*». Luego cae el periodista en la duda: cuesta ver «*a ese libertario [...] colaborando, aunque fuese en nombre del antiestalinismo, con funcionarios especialistas de Inteligencia*», etc. Por último, adelanta un elemento de respuesta: «*En realidad, el enigma se disipa en cuanto*

ubicamos el episodio en su contexto». Entonces rastrea el recorrido de Orwell, que lo llevará a juzgar de la naturaleza profunda del estalinismo. «*Escogió su terreno y aceptó la propuesta del servicio de propaganda del Foreign Office. Por lo menos podemos señalar que colaboró con un gobierno laborista respetuoso de las libertades individuales y que no emprendería ninguna caza de brujas*». Telón: el lector se queda perplejo. ¿Cuál es esa propuesta que acepta Orwell? ¿En qué consistiría esa colaboración?

Cerca de un mes más tarde, Eric Dior rehace su trabajo pero esta vez por cuenta de *L'Événement du jeudi* (8-14 de agosto de 1996). Irá encabezada por un titular tan impactante como los anteriores, pero en sentido inverso: «*Según The Guardian, aceptó denunciar comunistas. ¡No, Orwell no era una balanza!*». De entrada, cuenta con el efecto de *vuelta a la actualidad* del asunto. ¿Tuvo conocimiento entretanto de nuevos elementos que permitiesen barrer con tanta seguridad lo que sopesaba con circunspección un mes antes? No, sencillamente Dior diluye, mejorándolo, lo que había escrito para su periódico. Constreñido por los límites inherentes a su profesión, se muestra prudente y, creyendo hacer bien, se dedica a establecer algunas similitudes: «*Se puede pensar al momento en el cineasta Elia Kazan, que entregó, en lo más duro de la furia maccarthysta, los nombres de actores y de colegas filocomunistas para hacerse perdonar su propio flirteo con el PC estadounidense en los años treinta*». Para comentar en el párrafo siguiente: «*En realidad, aquí no hay nada de eso y estas comparaciones son completamente engañosas*». Pero es él quien hace estas comparaciones. «*Se puede pensar...*»; pero ¿quién piensa? O, más exactamente, ¿quién quiere hacernos pensar esto y no aquello? En ninguna parte ha revelado el mecanismo del procedimiento difamatorio. Por el contrario, en dos ocasiones, Dior, que procura defender a Orwell con una buena voluntad timorata, recurre para ello a las circunstancias atenuantes, el «contexto histórico», es decir, a autenticar torpemente la calumnia en lugar de desvelarla. Este artículo acaba con la actitud que, según él, Orwell adoptaría en nuestros días: «*Sin duda concentraría [...] su fuego en los Grandes Hermanos "reciclados" que nos gobiernan*». Conclusión lo suficientemente evasiva como para dispensarle a él de darle más vueltas a la cuestión.

Estos dos artículos no iban a impedir, evidentemente, a *Libération* superarse varios días más tarde en el confusionismo más burlesco. El 29 de agosto, una nota breve en las páginas literarias nos hacía saber con el titular «*Wells y las mujeres*» que, «*después de haber sido una de las primeras noticias del verano por sus denuncias de funcionarios comunistas en la Inglaterra de posguerra, el autor*

de 1984 está de nuevo en el candelerero a raíz de un controvertido programa de televisión que subraya su gusto por los asuntos de sexo y la ambigüedad de algunos de sus escritos anteriores a la guerra, especialmente en la cuestión del racismo y del eugenismo». Una semana más tarde, una rectificación absurda culminaba el *quid pro quo*: «Restituyamos a Orwell... Un desafortunado descuido en el cuaderno “Libros” de la semana pasada nos hizo atribuir a H.G. Wells las informaciones que conciernen actualmente en Inglaterra a la vida privada y la obra de George Orwell. Los lectores habrán rectificado por sí mismos» (*Libération*, 5 de septiembre de 1996). Puede uno preguntarse si los lectores embrutecidos por el consumo diario de *Libération* aún están en condiciones de rectificar nada; sus redactores, en todo caso, son incapaces.

En su número de octubre de 1996, la revista *L'Histoire* logra deshacerse en muy pocas palabras de cualquier verosimilitud en su resumen del asunto: «Hermano Orwell. Según los archivos del Foreign Office, George Orwell, el autor de 1984, participó espontáneamente en la caza de brujas. El Information Research Department habría recibido de parte suya una lista de intelectuales, escritores y periodistas sospechosos de simpatías comunistas. El gobierno de la época, no obstante, no dio curso a esta denuncia». Resaltemos el rigor en la concordancia de los tiempos: se pasa alegremente del indicativo al condicional y al revés. Sea como sea, si entendemos bien el final de esta *historia*: ¡el gobierno no dio curso a una lista que Orwell no envió para participar en una caza de brujas que nunca existió!

Tanto como por aquellos que difama, una época se juzga por aquellos que honra, y por la manera en que los honra. Hemos visto así, recientemente, con motivo del traslado de sus restos al Panteón, al estafador Malraux alabado por todos los modernos, no aunque impostor sino precisamente por impostor². Todo estaba bien hecho para complacerlos en una carrera en que, en cualquier caso, nunca faltó el talento para «volver a estar en el tapete» yendo de un farol a otro. Después de que el escritor encontrase su lugar en el cementerio de los programas escolares y el historiador del arte de las elevaciones miríficas y de los escorzos aproximativos haya sido deglutido por el agujero negro catódico que el visionario ministro de Cultura convocaba con todas sus fuerzas para sustituir

² André Malraux (1901-1976) ejerció entre otras cosas de novelista y de historiador del arte, además de ser (De Gaulle mediante) el primer ministro de Cultura en un gobierno europeo. El traslado de sus restos mortales al Panteón, entronización en el paraíso oficial de los escritores franceses, tuvo lugar pocos meses después del “escán-

a la lectura, no queda de la obra más que esas sólidas sentencias difundidas durante varias semanas por medio de carteles, a modo de verificación de las teorías de la cultura de masas de la que Malraux fue celoso propagandista. Pero en cuanto a la trayectoria del farolero, a través de estos años en que se derrumbaban definitivamente la estabilidad y los valores de la sociedad burguesa, y en que sostener semejante carrera exigía como mínimo una verdadera constancia en el arribismo, permanece como un modelo, una fuente de inspiración, un tipo ideal inaccesible a los intelectuales cuyos planes de carrera no exceden la vida útil, cada vez más corta, de la pacotilla intelectual que producen a cambio de su salario. Así que sobre todo están rindiendo homenaje a la falta de escrúpulos cuando reconocen en Malraux un precursor. Dandy inconformista y corredor de bolsa de poca monta, prologador de Maurras y saqueador de templos jemerés, mitómano de la revolución china y auténtico compañero de viaje en la gran misa antifascista, histriónico comandante de escuadrilla en España al lado de los estalinistas y con Marty, el carnicero de Albacete, luego resistente tardío de la primavera de 1944, antes de acabar de modernista promotor de las casas de Cultura y ministro censor de la V República titubeando a la cabeza de la manifestación gaullista de junio de 1968, el verdadero Malraux se encuentra resumido a la perfección en la anécdota, de 1935, que relataba Boris Souvarine en el prólogo a la reedición de su *Staline* en 1977: rechazando intervenir para obtener la publicación de este libro por Gallimard, Malraux le declaró a Georges Bataille, que había terciado ante él: «Creo que vosotros, Souvarine y vuestros amigos, tenéis razón, pero estaré con vosotros cuando seáis los más fuertes».

Como recuerda a su modo esta profesión de oportunismo, la verdad concerniente al totalitarismo tuvo su momento decisivo, que no era el del consenso respetable sino el del escándalo y la herejía: es entonces cuando esta verdad pudo, por así decirlo, reconocer a sus amigos. Hubo, pues, en aquel momento unos raros individuos para decir lo que era el estalinismo y ahora hay otros, que tienen en ello diversos intereses, para calumniarlos o regatear sus méritos: antiguos estalinistas que quisieran renovar el vestuario con su camisa antifascista, antitotalitarios de última hora que esperan brillar mejor arrojando a la oscuridad a sus «predecesores», o historiadores del «fenómeno totalitario» interesados en dejar eternamente abierto este «terreno de investigación». Estos diversos motivos convergen muy bien para juzgar muy intempestiva la forma en que aquellos que lucharon cuando había que hacerlo contra el estalinismo fueron poco científicos,

objetivos, etc., para decir lo esencial al respecto sin esperar a la apertura de los archivos del KGB, la Stasi y las demás policías. El razonamiento se nos hace familiar desde que los propagandistas de la industria nuclear, entre otros, lo utilizaron contra los que habían tenido la desfachatez de condenarla sin poseer *todas* las pruebas de su nocividad. Así, cuando Nicolas Weil elogia el “*libro-monumento*” en que el historiador Furet estableció en 1995 cuán nefasta y mentirosa había sido la ideología estalinista, escribe que se trata de un «*punto de inflexión, en la medida en que representa la primera síntesis histórica de una época pasada, cuya escritura se ve alterada sin parar por la afluencia de nuevos archivos*» (*Le Monde*, 6 de diciembre de 1996). Esta escritura de la historia alterada sin parar por la desclasificación de archivos *ad hoc* es la del mundo descrito en 1984: «Probablemente, las confesiones habían sido reescritas una y otra vez, hasta que los hechos originales y las fechas dejaban de tener la mínima importancia. El pasado no sólo cambiaba, sino que cambiaba continuamente». Por lo demás, el propio Nicolas Weil da un buen ejemplo en su artículo de julio del método cuando, después de haber repasado la «*sorpresa*» creada por el «*informe recientemente desclasificado*» que conocemos, prepara la nueva «*sorpresa*» venidera con las próximas aperturas de archivos: «*La lista no ha vuelto a aparecer pero el informe da fe de la existencia de otro documento que acompañaba la carta...*» Estos tres puntos suspensivos de «suspense» prolongan en el mejor estilo folletinesco la mención de las revelaciones que el Foreign Office aún estaría guardándose en la manga: nos dan a entender que todavía está por llegar lo mejor.

De este modo nos llevan, de sorpresa en sorpresa, hacia tal perfeccionamiento de nuestros conocimientos históricos que pronto no quedará nada de lo que, al fiarnos de lo que era admitido universalmente, creíamos con candidez ser cierto. Conviene observar a este respecto que los periodistas que, como Weil, pretenden oponerse a las ignominias del revisionismo del Holocausto, participan activamente en la instauración de las condiciones que hacen posible e incluso inevitable la gran revisión de la historia, en que se perderá toda noción de lo verdadero y lo falso. Acerca de Orwell, ¿qué pesan sus actos, sus escritos, los testimonios directos de los que le conocieron? Nos demostrarán que no era nada de lo que sabíamos o, por lo menos, que lo que sabíamos de él es poca cosa comparado con lo que nos dicen. Una vez acreditado por los famosos archivos, el rumor se extiende tanto más rápido cuanto que satisface una especie de demanda social, en una época en que la baja intelectual está ansiosa por reducir a su «nivel de lectura» todo lo que la supera. Y según los procedimientos habituales de esta iconoclastia políticamente correcta, se

calumnia la integridad de Orwell en nombre de la exigencia moral más escrupulosa, exigencia que va a husmear, adular y diagnosticar hasta el último recogemigas universitario. La pérdida del juicio histórico, cuyo ejercicio se apoyaba en unos conocimientos e intereses igualmente arruinados en nuestros días, viene acompañada, a guisa de compensación, de un furioso moralismo retrospectivo. A despecho de todo conocimiento de los hechos reales, de los envites históricos, de cualquier inteligencia de lo que son el movimiento y la unidad de una vida en una época, se aislará y se podrá a la vista un episodio (inventado si hace falta), las más de las veces una nimiedad, y a partir de él se construirá una «teoría» arbitraria, preferentemente psicológico-moral. Se puede pasar de esta manera toda la historia por el molinillo de las categorías ideológicamente correctas del momento. Sometidos a tal tratamiento, ya se puede ver en qué se han convertido los manuales escolares que supuestamente sirven para enseñar historia, en los que ya no queda apenas nada de ese zócalo indispensable del conocimiento histórico que es la simple cronología.

Aunque los modernos sean grandes iconoclastas de última hora (ponen *toda* su energía en recusar a las autoridades del pasado, sin guardar nada de esa energía para las del presente), el procedimiento en cuestión puede servir también en un filón que llamaremos del *elogio calumnioso*, que permite, igual de arbitrariamente, encontrarles a aquellos de quienes se habla méritos que comparten con las necesidades de la ortodoxia intelectual reinante. He aquí un ejemplo de esto: «*En 1944, al cabo de un largo trabajo de duelo, del que no tenemos las pruebas pero del que podemos descubrir las huellas («sólo las huellas hacen soñar», decía René Char) Malraux habrá remplazado la idea –¿o el ídolo, o el icono?– del universalismo revolucionario por un deseo de pertenencia, una voluntad de regreso nacional y democrático a las raíces. En un contexto diferente, por muy otras vías, no obstante extrañamente similares, en el mismo momento George Orwell corta en el mismo sentido el lazo de sus viejas fidelidades para instaurar un horizonte de pensamiento metamorfoseado, al servicio de los mismos valores de valentía y de cultura*» (Jorge Semprún, *Le Journal du Dimanche*, 24 de noviembre de 1996)³. Igualado así a Malraux, Orwell sólo le sería inferior en esto: no haber llegado a defender los «*mismos valores de valentía y de cultura*» haciéndose ministro de ésta. En cuanto al largo «trabajo de duelo» que ocupó a Malraux de 1939 a 1944, basta haber leído la biografía, no obstante muy

³ Jorge Semprún pasó dos años preso en Buchenwald entre 1943 y 1945 y perteneció al PCE desde 1952 (y a su comité ejecutivo desde 1954) hasta su expulsión en 1965. Fue ministro de Cultura con el PSOE de 1988 a 1991.

respetuosa, de Lacouture para saber que se trataba más bien de una espera prudente, que el futuro y tardío «coronel Berger» expresó a unos emisarios de la Resistencia, en unos términos muy próximos a los que había empleado para reservar su apoyo a Souvarine y a sus amigos para una época en que fuese de un rendimiento más seguro: «¿Tenéis armas, dinero? Si es así, yo voy. Si no, esto no es serio...» Pero sobre todo la calumnia embarullada («*por muy otras vías, no obstante extrañamente similares*») aparece en la afirmación según la cual Orwell habría cortado «*el lazo de sus viejas fidelidades*». En realidad, como muestran las calumnias directas u oblicuas, lo que de Orwell tiende a disgustar a una domesticidad intelectual de libreas cambiantes es precisamente su capacidad para seguir siendo fiel a sí mismo, a sus principios y al puñado de verdades esenciales que había hecho suyas, al tiempo que discernía con un sentido histórico muy seguro, en unas condiciones cambiantes, las urgencias, las nuevas líneas del frente, los enemigos principales. *Hay que cambiar a menudo de opinión para seguir en el mismo partido*; pero no está al alcance de todo el mundo haber tomado un partido que merezca que uno le sea fiel. Obviamente, los pensadores para semanarios y dominicales preferirían convencernos de que no hay más elección que entre el oportunismo y una pureza moral impracticable.

En un artículo redactado en 1943 («Poesía en las ondas»), Orwell había defendido la idea de que quizá era aún posible actuar de forma que la radio no sirviera exclusivamente para difundir «propaganda mentirosa, música enlatada, chistes viejos, “debates” amañados o cualquier otra cosa por el estilo». Cada cual puede ver, o más bien oír, lo que queda de esto hoy día: según el viejo adagio (*Verba volant...*), la impudencia en la mentira tiene las riendas más sueltas en las ondas que en la prensa escrita, y dos programas de France Culture dedicados a Orwell ilustraron la cosa hasta la caricatura. Durante la primera, el 22 de julio de 1996, pudimos oír a un tal Spire, manifiestamente estalinista mal reciclado, reunir en unas pocas frases muy sentidas las «revelaciones» frescas: «*Orwell llegó a denunciar a cierto número de personas... militantes con los que hizo una lista, que son militantes comunistas... lo reclutaron los servicios secretos británicos... hoy está demostrado, ahora están los documentos de archivos*». Superado por las objeciones de otros participantes en el mismo programa, exclamó: «*¡Ustedes hacen de él un santo! ¡Hacen de él un santo!*».

Una vez así establecido que defender a alguien contra la calumnia equivale a venerar servilmente a un santo (¿un ídolo, un icono?), otros promotores de

la cultura radiofónica pudieron desmadrarse: de este modo, el 6 de febrero de 1997 se emitió, en la misma cadena, en la serie «El taller del saber», un programa titulado «Una vida, una obra: George Orwell, 1903-1950», en que de la obra no quedaba casi nada, salvo algunos títulos mutilados, y de la vida poca cosa más, aparte de anécdotas insignificantes y chismes. La incompetencia, la ignorancia a veces pasmosa (un ejemplo entre otros: Orwell se habría alistado a la vez en las filas anarquistas, las Brigadas Internacionales y las milicias del POUM) y la inexactitud *detallada* no eran empero *inocentes*: todo ello, con ser inconsistente como una especie de pasta sonora combinada con las insinuaciones más disparatadas, estaba orientado por un constante resentimiento, que parecía hacer las veces de pensamiento en ese arcópagó de exegetas. Como Orwell había formulado sus juicios con nitidez, y actuado en consecuencia, se trataba como de costumbre de demostrar que «todo no era tan sencillo», que esa integridad moral sólo podía ser una mistificación que disimulaba las ambigüedades y las pequeñas indecencias de todo el mundo. De hecho, estos especialistas no hablaban en absoluto de Orwell sino de sí mismos: cada cual exageraba su hallazgo para describir a un hombre neurótico, masoquista, puritano e histérico, amante de las mujeres gordas y temeroso de las guapas, un misógino visceral, un fóbico al que repugnaban los olores fuertes, un estudiante de Eton con ganas de encanallarse («*revolcarse en el barro con los indigentes*»), una doble personalidad (Orwell/Blair), un tuberculoso que habría hecho de todo para caer enfermo (sólo tenía que vestirse mejor y vivir en una casa más cara), un maníaco, un antisemita declarado, un hombre fascinado y «*tentado*» por el totalitarismo, y que, al contar entre sus ancestros con un explotador agrícola colonialista, pretendía luchar contra el Imperio Británico, etc.

Sin duda estos conocedores no habían leído en su totalidad los libros de que pretendían hablar, porque entonces no habrían dejado pasar otras taras particularmente repulsivas del personaje: su homofobia (cf. sus frecuentes ataques a la «izquierda marica»); su hitlerismo apenas disimulado (llega a declarar que Hitler no le «había inspirado nunca auténtica aversión», e incluso que encuentra en él «algo que embruja»); su inclinación por el terrorismo antidemocrático (véanse sus cartas a Herbert Read en 1939). Pese a estas omisiones, por lo menos el cuadro quedó completo en cuanto a los intereses y las preocupaciones de los artífices de este «taller del saber».

Aún hay que mencionar el papel desempeñado por el animador de esta puesta en escena radiada, Jean Daive. Después de plantear casi de entrada un

postulado en forma de pregunta «¿En qué es culpable?», disparó a lo largo de todo el programa la inventiva de sus invitados, apoyando sus insinuaciones con el único objetivo de engordar el informe «Orwell delator». Así, cuando uno de los participantes pretendió que Orwell «vivía cada amistad por separado», «no se veía con varios amigos a la vez», él comentó con sobriedad: «El aislamiento». En otro momento, habló de «topo», de una obra que «espía al Imperio Británico», y aun de «doble vida ideológica». Al único participante en la emisión que había conocido a Orwell, o por lo menos se había cruzado con él en la BBC durante la guerra, y que quizá por esta razón se expresaba como simple testigo, sin una malevolencia particular, le preguntó si «no había una sombra de sospecha» y si «su presencia [la de Orwell] no presentaba ningún peligro». Estos sucesivos retoques al retrato de un agente nos llevaron, pues, con naturalidad a este interrogante final: «Última pregunta y último escándalo causado por Orwell y sus excéntricos comportamientos, que acaba de denunciarse: habría delatado a un cierto número...». El invitado se apresura a mostrar su complacencia: «Sí...», el anfitrión deja caer las palabras: «...de amigos». El otro, que tal vez no esperaba ser arrastrado tan lejos, balbucea: «Sí..., eh..., es decir, que..., eh..., bueno». «¿Dónde está la verdad?», interroga entonces el gran preguntón, que finge buscar lo que acaba de enterrar bajo tantas mentiras como palabras ha pronunciado. «Último escándalo» insinúan de pasada, y para terminar, que habrá otros, pero sin molestarse en decir cuáles: los «excéntricos comportamientos» bastan para la imputación; y de hecho lo hemos visto, Orwell se hace bastante excéntrico cuando es Daive quien habla de él, pero en realidad es hablar de un tema del que ignoran todo lo que se sale de la excentricidad. «Pudo delatar a un cierto número de amigos»: hasta ahora sólo se había hablado de una denuncia de enemigos políticos pero ya se puede ver cómo se ha agravado el acta de acusaciones con el paso del tiempo. Al principio se suponía que Orwell había entregado los nombres de escritores y de periodistas criptocomunistas; después se llegó a hacerle denunciar a «funcionarios»; y por fin se termina haciéndole delatar «amigos».

Precisemos que Daive nos había invitado a participar en su programa; que habíamos declinado la oferta; pero que a mediados de diciembre, cuando el montaje del programa estaba terminado, nos hizo saber que una de las personas interrogadas, un tal Bernie Walker, sostenía que Orwell era un delator. Pidió a Lorenzo Valentin, responsable de la editorial Ivrea, que respondiese brevemente a esta acusación. El 19 de diciembre, en el estudio de grabación, le dio a escuchar la cinta con la intervención de Bernie Walker; éste no hacía

más que repetir las difamaciones que había leído en la prensa, mientras trataba de encontrar confusamente algunas excusas: Orwell estaba enfermo, «*en el lecho de muerte*». Así que se le concedieron tres minutos a Lorenzo Valentin para recordar en qué circunstancias se había entrevistado Orwell con Celia Kirwan, el contenido de su carta y el tratamiento que le habían hecho sufrir los periodistas de *The Guardian* y, tras ellos, toda la prensa francesa.

Seguramente, después de haber oído, cuando se emitió el programa, todo lo que precedía la intervención de Bernie Walker, se podía encontrar más bien superflua esta puesta a punto sobre un aspecto particular, en tanto que los especialistas reunidos por Daive se habían empeñado durante más de una hora en ahogar todo lo demás en la confusión, a base de inquietantes contradicciones y extrañas dobleces, de culpabilidades y de expiaciones. Pero algunos llegaron a encontrar superfluo que se le haga justicia a Orwell sobre este punto preciso, no porque eso no fuese *suficiente* sino porque ya era *demasiado*. Así, el mismo día en que se emitió el programa, *Libération* publicaba en la página de la programación de radio este breve artículo: «*Antiimperialista ostentoso, George Orwell empezó su vida de hombre como policía colonial en Birmania durante siete años, antes de volver a Europa a vivir de trabajos esporádicos, comenzar una carrera de periodista y frecuentar a la clase obrera. Comprometido en la guerra de España en las filas del POUM, fue herido de gravedad. El programa de Jean Daive muestra en perspectiva la obra y la vida del autor de 1984 (especialmente su paso por la BBC, en que esta vez rechazó apoyar al Imperio Británico) y se sirve de ello para esclarecer la polémica desencadenada el pasado verano por las revelaciones de The Guardian, que acusaba a Orwell de haber denunciado a comunistas ingleses ante el Foreign Office. Precisemos que el editor Lorenzo Valentin es algo duro con la prensa francesa, que ha dado cuenta de la información con menos malevolencia de lo que él afirma*» (*Libération*, 6 de febrero de 1997).

Por tanto, si hemos entendido bien, la prensa francesa habría hecho gala de una encomiable moderación en la malevolencia: «*soplón*», «*chivato*», «*Hermano Orwell*», todo esto quedaría en los límites de la licencia periodística; mientras que es «*algo duro*» el que, en tres minutos, pone objeciones a estas calumnias. Artículos mendaces y una hora y media de ineptias radiofónicas no son otra cosa que unas divertidas chufas de ironía ligera y cariñosa; ligera como la prosa de July y cariñosa como la tutela de los Chargeurs sobre la independencia de *Libération*⁴.

4 Es obvio que ninguna de esas personas se molestó siquiera en leer la carta de Serge July es un sesentayochista típico, director de *Libération*. Más de la mitad de las acciones de este diario, cruce de *Ajoblanco* y *El País*, pertenecen desde 1996 al grupo empresarial Chargeurs.

de Orwell, presentada no obstante como un documento abrumador, y de lo que no han leído, con bastante lógica, se toman la libertad de decir cualquier cosa: al no saber nada de la cuestión, no temen carecer de objetividad. «Los periodistas escriben porque no tienen nada que decir; y tienen algo que decir porque escriben». Así que ¿qué pueden decir y que les falta? La psicología en plan moderno, que les autoriza a afirmar que en el fondo un chivato es una persona de bien y que un hombre honrado en realidad no es tan probo como aparenta. Con semejantes «*esclarecimientos*» «*en perspectiva*», se jactan de respetar la «complejidad» de la verdad, su carácter «luminoso», cuando en realidad la despedazan, la «destruyen», como dicen algunos; es decir, la descomponen. Y como todo vale en este *no man's land* de la insignificancia, se podrán hacer malabarismos al estilo del gracejo mundano con trozos de noticias y fragmentos de falsificaciones, como cualquiera de los internautas que navegan por las redes telemáticas, liberados de la coherencia y de la lógica por el pensamiento virtualizado. Esta delincuencia intelectual no tiene nada de calculado: antes bien es la expresión, en cierto modo libre y espontánea, de la ceguera con la cual estas personas defienden el mismo terreno de su alienación. ¿Orwell estaba horrorizado o fascinado por el totalitarismo? ¿Difícil pregunta! Y que permite no plantearse otras, como por ejemplo ésta: ¿no tendría alguna validez el análisis que hace Orwell del totalitarismo en la sociedad mundial en que estamos?

Al responderles aquí, no hemos tenido la candidez de sorprendernos por todas estas calumnias: forman parte del orden de las cosas; los que las profieren son lo que son y Orwell fue lo que fue. Los espíritus serviles odian hasta el recuerdo de la libertad. Como responsables de la edición en francés de los *Ensayos, artículos y cartas*, que forman una especie de autobiografía intelectual de Orwell, nos complacemos en afirmar que en esos cuatro volúmenes se podrá encontrar la mejor respuesta a las diversas difamaciones a las que hemos contestado. Y no vemos nada mejor que hacer para terminar que citar un artículo de 1944 recogido en el tercero de esos volúmenes: «Lo que aterriza del totalitarismo no es que cometa “atrocidades” sino que destruye la noción misma de verdad objetiva: pretende controlar el pasado tanto como el futuro» (*Tribune*, 4 de febrero de 1944).

APÉNDICE

Algunos recortes de prensa y libros

«George Orwell entregó a los servicios de inteligencia británicos en 1949 una lista de *compañeros de viaje* que consideraba peligrosos por sus ideas comunistas. Hace unos días han salido a la luz varios de esos nombres, todos de personas ya fallecidas, pero algunos supervivientes de la época y conocidos del escritor han podido saber si ellos también estaban en la lista. Si la actitud de Orwell fue una traición o una leal consecuencia de sus ideas socialdemócratas es lo que está en el aire» (*El correo español*, 22 de julio de 1996).

«La lista maldita de George Orwell, escritor... y espía. Ven la luz sus “chivateos” anticomunistas. [...] al mismo tiempo que denunció al Big Brother –los servicios de seguridad que vigilaban tan de cerca a los ciudadanos en sociedades autocráticas– él mismo estaba actuando como informador, actitud que ha horrorizado a destacadas personalidades y admiradores de Orwell como Michael Foot, el antiguo líder del Partido Laborista británico» (*El Mundo*, 23 de junio de 1998).

«En relación con esto, hay que hablar sobre la ya famosa lista de criptocomunistas y compañeros de viaje, que generalmente se piensa que entregó al servicio secreto británico. (“Icono socialista convertido en un delator”, anunciaba a bombo y platillo el *Daily Telegraph* cuando divulgó la historia en primera plana en 1998). Lo que ocurrió realmente está resumido al final de este volumen. Orwell llevaba un cuaderno de color azul pálido en el que anotaba nombres y detalles de posibles agentes comunistas o simpatizantes. Habría que decir enseguida que el contenido de este cuaderno es preocupante, en cuanto a sus juicios afilados: “Casi seguro agente de algún tipo”, “liberal decadente”, “sólo pacificador”, y especialmente sus anotaciones de carácter nacional y racial, como “¿judío?” (Charles

Chaplin) o “judío inglés” (Tom Driberg), o bien “polaco”, “yugoslavo”, “angloamericano”, y así sucesivamente. Hay algo inquietante -un toque del antiguo policía imperial- en un escritor que puede almorzar con un amigo como el poeta Stephen Spender, y después, al llegar a casa, anotar “simpatizante sentimental y no muy de fiar. Fácilmente influenciable. Tendencia a la homosexualidad”.

»Sin embargo, es necesario dejar claras dos cosas muy importantes a modo de explicación. Primera, eran los tiempos de la guerra fría. Había agentes soviéticos y simpatizantes por doquier, y eran influyentes. El ejemplo más expresivo es el hombre que Orwell tenía apuntado como “casi seguro agente de algún tipo”. Su nombre era Peter Smollett. Durante la II Guerra Mundial fue director de la sección rusa del Ministerio de Información y, siguiendo su consejo, T. S. Eliot, nada menos, rechazó *Rebelión en la granja* para Jonathan Cape. Ahora sabemos que Smollett era, efectivamente, espía soviético.

»Segunda, Orwell no entregó esta libreta al servicio secreto británico. Dio una lista, sacada de ella, de unos treinta y cinco nombres, al Information Research Department, una rama semisecreta del Foreign Office que se ocupaba especialmente de atraer escritores de la izquierda democrática para contrarrestar la entonces bien organizada ofensiva propagandística comunista soviética. De manera absurda, el Gobierno británico no ha levantado el secreto oficial de esta lista y de cualquier carta que la acompañara. Así que aún no sabemos exactamente qué es lo que Orwell hizo. Pero por los datos de que disponemos está bastante claro que Orwell no estaba dando pistas a la policía del pensamiento británica para que siguiera el rastro a estas personas. Todo lo que hacía, en realidad, era decir: “No utilicen a esta gente para la propaganda anticomunista porque probablemente son comunistas o simpatizantes comunistas”.

»Orwell, ya moribundo, pero todavía en pleno dominio de sus facultades, lo juzgó como un acto moralmente defendible para un escritor en un periodo de intensa lucha política, del mismo modo que antes había juzgado oportuno que un escritor comprometido políticamente tomara las armas contra Franco. Yo pienso que tenía razón. Ustedes pueden pensar que estaba equivocado. En cualquier caso, nos sirve de ejemplo -es así de ejemplar- del dilema del escritor político.

»Por último, naturalmente, la lista de Orwell y la vida de Orwell son

mucho menos importantes que su obra. Lo que importa es que no haya una contradicción flagrante entre la obra y la vida, como ocurre a menudo con los intelectuales políticos. La voz orwelliana, que sitúa la honestidad y los valores sencillos por encima de todo, se vería menoscabada. Pero lo que perdura es la obra» (Timothy Garton Ash, en *El País* del 16 de junio de 2001).

«Pero el propio Orwell no era por completo inocente de tales manipulaciones [las de la versión cinematográfica de *1984*, favorecida por la CIA] de la guerra fría. Después de todo, había entregado una lista de personas sospechosas de ser compañeros de viaje al Departamento de Investigación de la Información, en 1949, una lista en la que denunciaba a 35 personas como compañeros de viaje (o “FT” [*fellow travellers*] en la jerga de Orwell), testaferros del comunismo, o “simpatizantes”[...]. Como sospechaba de casi todo el mundo, Orwell llevó junto a él, durante muchos años un cuadernillo de cuarto azul. Hacia 1949, ya incluía 125 nombres, y se había convertido en una especie de “juego” al que Orwell le gustaba jugar con Koestler y Richard Rees, y que consistía en calcular “hasta qué grado de traición serían capaces de llegar nuestras bestias negras favoritas”. Los criterios para la inclusión en el cuaderno parece que eran bastante amplios, como en el caso de Stephen Spender, cuya “tendencia a la homosexualidad” mereció ser anotada (también dijo que era “muy poco fiable” y “fácilmente influenciable”). Al realista americano John Steinbeck se le incluía en la lista sólo por ser un “Escritor espurio, pseudoingenuo”, en tanto que Upton Sinclair se ganó el epíteto “Muy tonto”. A George Padmore (seudónimo de Malcolm Nurse) se le calificaba de “Negro, ¿de origen africano?”, “antiblanco” y, probablemente, amante de Nancy Curdard. Tom Driberg fue objeto de duros ataques, al representar todo aquello que a Orwell le encantaba temer: “Homosexual”, “Se cree que es miembro clandestino”, y “Judío inglés”.

»Sin embargo, lo que Orwell llamaba su “listita” pasó de ser una especie de juego a tomar una nueva y siniestra dimensión cuando, voluntariamente, la entregó al IRD, un arma secreta (como sabía Orwell) del Foreign Office. [...] Dicho de otro modo, una vez en poder de una rama del gobierno cuyas actividades no estaban sujetas a control, la lista de Orwell perdió toda la inocencia que pudiera haber tenido como documento privado. Se convirtió

en un archivo que representaba un cierto riesgo de dañar la reputación y las carreras de las personas.

»Esto no quiere decir que Orwell hiciese mal en preocuparse de lo que él llamaba “efecto venenoso del mito ruso en la vida intelectual inglesa”. Él, más que nadie, conocía el coste de la ideología, y las distorsiones realizadas en su nombre por “los liberales que temen la libertad y los intelectuales que quieren hacer daño al intelecto”. Pero por sus actos, demostró que había confundido el papel del intelectual y el del policía. [...] Meses antes de su muerte, Orwell parecía estar diciendo: “Detesto lo que decís; defenderé hasta la muerte vuestro derecho a decirlo; pero no en cualquier circunstancia”. Comentando lo que ella consideraba como un viraje de Orwell a la derecha, Mary McCarthy señaló que fue una bendición que muriese tan joven» (Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*, 2000).

«[Ha habido casos como el de] André Malraux, que, de combatiente republicano en España, pasó a ser ministro del General De Gaulle; o el de Orwell, también combatiente en la guerra de España, cuya obra fue manejada posteriormente por la CIA, con su previo consentimiento» (Alfonso Sastre, *Los intelectuales y la utopía*, 2002).

«En Gran Bretaña la guerra fría tuvo como uno de sus instrumentos al IRD (Information Research Department, del Foreign Office) que se dedicaba a una tarea de propaganda anticomunista y contaba con colaboradores de la importancia de George Orwell, que les ofreció espontáneamente una lista de 130 “criptocomunistas” –y recibió, a cambio, ayuda para difundir internacionalmente *Animal farm* y *1984*» (Josep Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*, 2002).

APÉNDICE II

La lista de Orwell — Timothy Garton Ash

[La lista con los 38 nombres que envió George Orwell a Celia Kirwan incluye a Michael Redgrave, J.B. Priestley, Charles Chaplin, Hugh McDiarmid, Naomi Mitchison, Kingsley Martin, Isaac Deutscher, E.H. Carr, Alaric Jacob, Tom Driberg, Walter Duranty, Alexander Werth, John Beavan o John Anderson]

Así que, por fin, ahí está la copia de la famosa lista de «criptocomunistas» que llegó a los archivos de un departamento semisecreto del Foreign Office el 4 de mayo de 1949. [...] Ninguna persona sin cargo oficial había sido autorizada a ver la lista durante más de cuarenta y cinco años, desde que alguien pasó a máquina esta copia oficial de la lista original que Orwell había enviado desde su lecho el 2 de mayo de 1949 a una amiga íntima, Celia Kirwan. Ésta había empezado a trabajar recientemente en el IRD del Foreign Office [...].

La lista de Orwell, que está dividida en tres columnas con el encabezado «Nombre», «Profesión» y «Notas», es ecléctica. Incluye a Charles Chaplin, J.B. Priestley y al actor Michael Redgrave, todos señalados con «?» o «??», lo que implica una duda sobre si realmente era criptocomunistas o compañeros de viaje. E.H. Carr, el historiador de las relaciones internacionales y la Rusia soviética, queda despachado como «Sólo temporizador». El editor de New Stateman, Kingsley Martin, antigua bestia negra de Orwell, se lleva el glorioso comentario de revés de «?? Demasiado poco honrado para ser “cripto” o compañero de viaje declarado, pero reconocido prorruso en todas las cuestiones de importancia». Junto al corresponsal en Moscú del New York Times Walter Duranty y el ex-trotskyista Isaac Deutscher («Sólo simpatizante»), hay muchos escritores y periodistas menos conocidos, empezando por un corresponsal industrial del Manchester Guardian, descrito como «Sólo probable simpatizante. Buen reportero. Estúpido».

[...] En el archivo FO 1110/189 figuraba una tarjeta, junto a la copia de la carta de Orwell a Celia del 6 de abril de 1949, que decía que se había retirado un documento.

Ahí quedó todo, con la solícita custodia de una de las últimas cartas de Orwell

por parte del Gobierno de Su Majestad, hasta que, poco después de la muerte de Celia Kirwan el otoño pasado [en 2002], su hija, Ariane Bankes, halló una copia de la lista entre otros papeles de su madre, y posteriormente me invitó a escribir sobre él. Después de publicar la lista en *The Guardian*, pedí al ministro de exteriores británico, Jack Straw, que desclasificara el original. Se mostró de acuerdo, «ya que toda la información contenida en él es ahora de dominio público» [...]

1. [...] En algún momento de la segunda mitad de los años cuarenta, [Orwell] empezó a escribir un cuaderno privado, en el que intentaba deducir quién era qué: miembro declarado del PC, agente, «F.T.» [compañero de viaje], simpatizante sentimental...

El cuaderno [...] demuestra que cuidaba la lista. [...] Hay 135 nombres en total [...].

Orwell había conocido a [Celia] Kirwan cuando pasaron juntos las Navidades de 1945 en Gales con Arthur [Koestler] y Mamaine [Kirwan, hermana de Celia y esposa de Koestler]. Orwell estaba solo y confuso después de la muerte de su primera mujer, acaecida ese mismo año. Celia y él se hicieron buenos amigos, y se vieron varias veces más en Londres. Una tarde, exactamente cinco semanas después de su primer encuentro, Orwell le envió una carta apasionada, llena de ternura, en que le proponía con bastante torpeza matrimonio o una aventura. [...] Celia le rechazó amablemente en lo que ella misma describió más tarde como una «carta bastante ambigua», pero siguieron siendo amigos. [...]

[...] El 29 de marzo [de 1949], Celia fue a visitarlo a Gloucestershire; pero también iba con una misión. Estaba trabajando para ese nuevo departamento del Foreign Office [el IRD], tratando de contrarrestar la oleada de propaganda comunista que emanaba de la Cominform recién fundada por Stalin. ¿Podría él ayudarles? Según escribió ella en su informe oficial de la reunión, Orwell «expresó una aprobación sincera y entusiasta de nuestros planes». No podría escribir nada para el IRD por sí mismo, dijo, porque estaba demasiado enfermo y no le gustaba escribir «por encargo» pero sugirió el nombre de varias personas que sí podrían. El 6 de abril envió una carta redactada con su escritura limpia y delicada, sugiriendo algunos nombres más y ofreciendo su lista de individuos «en los cuales no se puede confiar para una propaganda semejante [...]».

Celia pasó la carta a su superior, Adam Watson, que hizo algunos comentarios y añadió: «P.S. Kirwan debería pedirle a Orwell la lista de criptocomunistas. La tratará “con toda confidencialidad” y la devolverá en uno o dos días. Espero que la lista dé razones en cada caso».

Kirwan hizo lo que le pedían y escribió desde el «Foreign Office, 17 Carlton House

Terrace» el 30 de abril: «Querido George, Muchas gracias por tus útiles propuestas. Mi departamento estaría muy interesado en verlas... Me han pedido que te diga que te agradecerían que nos dejases ver la lista de compañeros de viaje y criptocomunistas: la trataremos con la mayor discreción».

[...] Al recibir la nota, Orwell respondió en seguida, adjuntando la lista de los treinta y ocho: «No es ninguna maravilla y no creo que les diga a tus amigos nada que no sepan ya». (Obsérvese la referencia a «tus amigos»; Orwell no se hacía ilusiones pensando que la lista era sólo para ella.) «Por otra parte, no es mala idea tener en una lista a las personas en que no se puede confiar. Si esto se hubiese hecho antes, se habría podido impedir que gente como Peter Smollett se hiciera un hueco en puestos importantes de propaganda que probablemente nos harán mucho daño. Tal como está ahora, supongo que esta lista es muy difamatoria, o calumniosa, así que asegúrate de que se me devuelve sin falta». [...]

2. Celia Kirwan siempre defendió con ardor la contribución de Orwell al trabajo del IRD. En los noventa se conjeturó febrilmente acerca de esta lista. [...] Celia Kirwan insistía: «Creo que Orwell hizo bien en escribirla... Y, por supuesto, todo el mundo cree que esas personas iban a ser ejecutadas de madrugada. Lo único que iba a pasarles es que no se les iba a pedir que escribiesen para el IRD».

3. Si la acusación es que Orwell fue un combatiente de la guerra fría, la respuesta es rotundamente sí. Orwell fue un combatiente de la guerra fría aun antes que empezase la guerra fría, previniendo del peligro del totalitarismo soviético en Rebelión en la granja cuando la mayoría de la gente aún festejaba a nuestro heroico aliado soviético. [...] Había luchado contra el fascismo en España fusil en mano y fue herido por una bala en la garganta. Luchó contra el comunismo con su máquina de escribir, y aceleró su muerte a causa del esfuerzo.

Si la acusación es que fue un informador de la policía secreta, la respuesta es rotundamente no. [...]

[...] A Orwell le gustaba hacer listas. En una «Carta londinense» de 1942 para el Partisan Review, escribía: «Creo que podría hacer al menos una lista preliminar de la gente que se pasaría» al bando nazi si los alemanes ocupasen Inglaterra. Supongamos que lo hiciera. Supongamos que su lista de criptonazis hubiese llegado a la Political Warfare Executive. ¿Alguien se quejaría por ello? [...]

The Guardian, 21 de junio de 2003

«Prueban que George Orwell delató a 38 personas por amor. George Orwell,

firme detractor del totalitarismo y defensor de la II República Española, entregó, por el amor de una mujer, al Gobierno británico una lista de 38 personas sospechosas de simpatizar con el comunismo. [...] Hombre comprometido con los valores de izquierdas, Orwell (1903-1950) elaboró la lista porque estaba enamorado de una mujer muy guapa que trabajaba en una sección secreta del Foreign Office, [...] Celia Kirman [sic]» (*ABC*, 23 de junio de 2003; al menos *Deia* y *El Mundo* publicaron palabra por palabra la misma noticia –incluyendo la errata de «Kirman»–, remitida por EFE, si bien el diario de Pedro J. Ramírez añadió al principio estas líneas: «Fue uno de los escritores británicos más alabados del siglo XX. Su obra se extendió como una energía chamánica durante los años 60. Sin embargo, más allá de la figura excéntrica y genialoide de George Orwell se escondía la semilla de la traición»).

«Como profeta, Orwell fue un tenebroso genio. Lástima que al final de su vida cometiera la misma indignidad que su personaje Winston Smith, que tras ser torturado delataba a su amada Julia. Orwell, sin la atenuante de la tortura, acabó delatando por comunistas a más de 30 ciudadanos. No había entendido bien su propia novela» («Hace cien años», Carlos Pérez Uralde, *El Correo*, 25 de junio de 2003).

«Inconforme con las adhesiones simbólicas a la causa republicana en España, se incorporó a las Brigadas Internacionales [sic!] y fue herido en combate [...]. Su puntual testimonio –*Homenaje a Cataluña*– indignó a los comunistas porque reveló los crímenes de Stalin contra el POUM. [...] Orwell, lamentablemente, llevó demasiado lejos su oposición al comunismo: según ha revelado Timothy Garton Ash, delató ante su Gobierno a varios artistas e intelectuales “criptocomunistas”, y lo hizo por el más terrenal de los motivos: el amor» (Enrique Krauze, *El País*, 29 de junio de 2003).

«*El caso es moral, no policial, y tiene que ver con la psicología de los que, como Orwell, sufren una conversión ideológica bajo la presión de grandes acontecimientos históricos, semejantes a los que vivió en España, donde fue gravemente herido en un atentado comunista contra su vida [¡¡¡sic!!!]. Es frecuente que el converso político pase de un extremo a otro y convierta las ideas que antes defendió en anatema mientras se aferra a sus nuevas convicciones con la tenacidad de un catecúmeno. [...] A los que admiramos a Orwell nos habría gustado que este episodio no existiese*» («La lista negra de Orwell», José Miguel Oviedo, *El País*, 13 de octubre de 2003).

«La verdad concerniente al totalitarismo tuvo su momento decisivo, que no era el del consenso respetable sino el del escándalo y la herejía: es entonces cuando esta verdad pudo, por así decirlo, reconocer a sus amigos. Hubo, pues, en aquel momento unos raros individuos para decir lo que era el estalinismo y ahora hay otros, que tienen en ello diversos intereses, para calumniarlos o regatear sus méritos.»

Cuando se va a cumplir el centenario de su nacimiento (el 26 de junio de 1903), esperamos hacer justicia con la publicación de este folleto a alguien que demostró, cuando muchos otros mentían o callaban, que “si la libertad significa algo, es el derecho de decirles a los demás lo que no quieren oír”.



Likiniano elkartea. Ronda 12, 48005 BILBAO likiniano@ddt-liki.org

1 euro